



Los orígenes de la Facultad de Filosofía y Letras: la Escuela de Historia

Federico SUÁREZ

Creo que debió ser al poco tiempo de comenzar las vacaciones de verano de 1952, hacia principios o mediados de julio, cuando tuve que desplazarme a Pamplona con objeto de dar una conferencia en un ciclo organizado, si no recuerdo mal, por don Angel Sagarmínaga, sacerdote ejemplar, Delegado Nacional de Misiones. Me alojé en el hotel Yoldi y una mañana me encontré con Ismael Sánchez Bella, que se hospedaba en el hotel Maisonave.

No le había visto desde su viaje a Argentina, ya catedrático de Historia del Derecho, y fue una verdadera sorpresa encontrarle en Pamplona porque ignoraba que hubiese vuelto a España. Por él tuve la primera noticia de la Universidad de Navarra, que entonces sólo existía como proyecto. Me explicó Ismael cómo, a consecuencia de una conversación de Amadeo de Fuenmayor y José María Albareda con Miguel Gortari, Vicepresidente de la Diputación Foral, y con algunos diputados, se había llegado a un acuerdo con esta Institución para crear en Pamplona un centro universitario. El mismo Ismael había venido a Pamplona para iniciar ese centro con la enseñanza de las disciplinas de Derecho, y con la firme intención de hacer una Universidad por deseo del Beato Josemaría Escrivá. Recuerdo que dimos algunos paseos por la ciudad viendo edificios oficiales, por si alguno de ellos pudiera servir para comenzar las clases.

Regresé a Santiago. De vez en cuando me llegaban noticias de Pamplona: el primer curso había comenzado en octubre de ese mismo año en la Cámara de Compotos. Como se pensaba en una Universidad, se previeron enseñanzas de Filosofía y Letras y de Medicina. Por Félix Alvarez de la Vega, catedrático de la Facultad de Farmacia en la Universidad de Santiago, supe que en 1954 comenzaba el primer curso de Medicina, pues él dejaba Santiago por Pamplona. Supe también que Angel López-Amo, catedrático de Historia del Derecho, que había dejado su cátedra de Santiago para incorporarse al equipo que el duque de la Torre había formado en San



Sebastián para la educación del Príncipe don Juan Carlos, viajaba a Pamplona periódicamente para explicar Derecho Político.

Este embrión de Universidad tomó el nombre de Estudio General de Navarra, con una Escuela de Derecho y otra de Medicina, con un Director (catedrático de Universidad) al frente de cada una de ellas. Ya desde el principio se pensó en las materias de Filosofía y Letras, pues desde siempre esta Facultad ha sido parte integrante de la Universidad. Fue en marzo de 1955 cuando se me propuso incorporarme a Pamplona para organizar los estudios de lo que iba a comenzar como Escuela de Historia.

Hacia la creación de una Facultad

Yo llevaba en la Universidad de Santiago de Compostela desde octubre de 1948, en la cátedra de Historia de España Moderna y Contemporánea. Me encontraba muy a gusto en Galicia, me había aclimatado muy bien en Santiago, había comenzado su andadura un centro de investigación —el Seminario de Historia Moderna— con algunos licenciados que habían comenzado sus tesis doctorales y otros que preparaban sus tesinas, y contaba además con una pequeña biblioteca especializada. Debo confesar que me costaba dejarlo todo y volver a comenzar. Pero no siempre en la vida se presenta la oportunidad de levantar una Facultad de la nada, ni de contribuir al nacimiento de una Universidad, así que pedí la excedencia y comencé a preparar el traslado. Lo comuniqué a Joaquín Ruiz Giménez, ministro entonces de Educación Nacional. Examiné a los alumnos en septiembre y cambié Galicia por Navarra, dispuesto para comenzar el curso 1955-1956 en Pamplona.

Había tenido ocasión de escuchar, y más de una vez, de labios del Beato Josemaría alabanzas a las Humanidades, declarando que eran indispensables para una formación integral, consideración general que completaba en ocasiones comentando —dirigiéndose a mí y a mi especialidad— que algún día habría que rehacer documentalmentemente la historia de nuestro siglo XIX, sobre el que hay mucho que precisar. Me constaba también que el Beato Josemaría conocía bien a los clásicos, especialmente a los autores del siglo de oro de la literatura castellana, que le gustaba leer libros de historia y que apreciaba el buen decir, como se manifestaba en su conversación y documentan sus escritos. En más de un momento había podido percibir su criterio sagaz y seguro para juzgar libros y autores. Todo eso, unido a mi personal experiencia como historiador, me llevaba a ser consciente del importante papel que una Facultad de Letras estaba llamada a jugar en la naciente Universidad, que debería estar a la altura de la gran tradición universitaria y del espíritu que el Beato Josemaría nos había transmitido. De ahí mi ilusión por la tarea que se me encomendaba. Y la conciencia a la vez de la responsabilidad que traía consigo.



Ismael Sánchez Bella me había escrito que preparara el discurso de apertura de curso. Lo hice sobre las corrientes del pensamiento político en España en los comienzos del siglo XIX: *Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del Antiguo Régimen*¹. Poco después se publicó en una pequeña colección de opúsculos, en la que entraron también otras conferencias que se daban a lo largo del curso, al menos algunas: de Angel López-Amo, *Sobre el estudio de las revoluciones y Burguesía y estilo burgués*; de Ismael Sánchez Bella, *Génesis del Estado moderno en España*.

Para la nueva Escuela de Historia, la Diputación Foral cedió una planta (creo que la tercera) del Museo de Navarra, en la que se montaron un par de aulas y, además, la biblioteca de Derecho. En la pequeña habitación que sirvió de aula al primer curso se «instaló» (si puede decirse así) un armario con algunos libros, con los que se inició la biblioteca del Seminario de Historia, algo así como la primera piedra de un centro de investigación. Además del armario con libros, había una mesa en el centro; no había tarima ni bancos, pero sí sillas, y las clases se daban con los alumnos alrededor de la mesa y el profesor en un extremo.

Se había tratado que la Universidad de Zaragoza admitiera la Escuela de Historia como un centro adscrito; no fue acogida la solicitud, de modo que los alumnos tendrían que examinarse como libres. Eran muy pocos: según un informe que Sánchez Bella presentó a la Diputación, sólo 11. Para estos once (tres de los cuales asistían como oyentes, y alguno lo dejó antes de terminar el curso) había cinco profesores: Fernando González Ollé, que explicó Latín y Lengua y Literatura española; Leonardo Polo, Filosofía; Juan José Ochoa, catedrático del Instituto, Griego; Angel García Dorronsoro, que era ya profesor de Religión en la Escuela de Derecho, tuvo a su cargo la Historia del Arte y, por último, yo me encargué de la Historia Universal². El secretario de la Institución Príncipe de Viana, José Esteban Uranga, dio dos conferencias sobre *El arte en el Camino de Santiago*. También durante aquel curso hablaron José María Lacarra, Decano entonces de la Facultad de Letras de Zaragoza, sobre *La cristianización de los vascos*, y Vicente Rodríguez Casado (de la Universidad de Sevilla) sobre *La sociedad española en la literatura del siglo XVIII*.

El curso siguiente (segundo de los comunes, según el Plan de estudios entonces vigente, a las diversas ramas de Filosofía y Letras) aumentó el número de alumnos matriculados: quince, y de ellos tres de otras provincias. También aumen-

1. Federico SUÁREZ, *Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del Antiguo Régimen* [lección inaugural del curso académico 1955-56 en el Estudio General de Navarra] Studium Generale, Pamplona 1955.

2. Cfr. Estudio General de Navarra, Memoria del Curso 1955-1956, Pamplona, septiembre, 1956.



taron los profesores: Antonio Fontán, que procedía de la Universidad de Granada, aportó su saber como latinista y gran conocedor de la cultura clásica; Salvador Mensua, de la de Zaragoza que se hizo cargo de la Geografía; José Luis Comellas, que había sido alumno mío en Santiago, explicó el curso general de Historia de España³.

También se incorporó aquel curso Ana María Berazaluze, de Pamplona y Licenciada en Historia por la Universidad de Valladolid, pero no como profesora, sino como auxiliar de investigación, y que tan pronto fue posible, es decir, cuando se pudo disponer de un local propio, y ya en el Edificio Central, se convirtió en la secretaria y alma del Seminario de Historia.

Dada la escasez de medios con los que nació —y vivió durante algún tiempo— el Estudio General, hubo que buscar alguna ayuda. Por lo que respecta a la biblioteca, la Escuela de Historia dispuso de 7.000 pesetas para la adquisición de libros. Una gestión con la Caja Municipal de Ahorros, de la que era director Miguel Urmeneta, reportó a la Escuela otras 6.000 pesetas, que vinieron a ser como la primera fuente de ingresos para la investigación. Porque —no conviene olvidarlo—, desde el momento que se pensaba en una Universidad, y no en un simple centro académico de estudios universitarios: la idea —y el propósito— de investigar estuvo presente, por eso, desde el primer día. De la beca, subvención o como quiera llamarse, que concedió la Caja de Ahorros, 400 ptas. mensuales fueron para Ana María Berazaluze, y las cien restantes para ir haciendo acopio de microfilmes de documentos, puesto que deseábamos proseguir los trabajos que yo había iniciado en Santiago y la documentación que nos interesaba estaba en Madrid.

Así, pues, comenzamos los trabajos de investigación en dos direcciones: de modo personal y en equipo. Fue José Luis Comellas el primero que presentó resultados, con un estudio acerca de *Los realistas en el trienio constitucional*. Ya la Escuela de Derecho había abierto el camino para las publicaciones, pues cuando llegué a Pamplona se habían publicado algunas monografías —una, según me parece, de Javier López Jacoiste— y un libro de texto, *Nociones de Derecho Canónico*, de Vincenzo del Giudice, traducido por Pedro Lombardía. Tanta confianza inspiró el Seminario de Historia Moderna que el gobierno del Estudio General decidió dar un paso más y crear una Colección Histórica, cuyo primer título fue precisamente la citada monografía de José Luis Comellas⁴.

De mis alumnos de Santiago —y por lo que aquí interesa—, además de José Luis Comellas —que llegó a Pamplona con su tesis sobre *Los primeros pronuncia-*

3. Cfr. Estudio General de Navarra. Escuela de Historia, Memoria del Curso 1956-1957, Pamplona, septiembre, 1957.

4. José Luis COMELLAS, *Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823)*, Presentación de Federico Suárez Verdeguez, Pamplona [Tall. de Edit. Gómez] 1958.



mientos ya terminada, premiada con el Menéndez Pelayo y publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas⁵, y completó en Pamplona el trabajo mencionado—, citaré, en primer lugar, a María del Carmen Pintos, que terminó pronto su tesis acerca de *La política de Fernando VII entre 1814 y 1820*; un buen trabajo que el Servicio de Publicaciones, si se puede llamar así al profesor que se encargaba de enviar los libros a la imprenta, consideró que se podía publicar en la Colección Histórica⁶. Mencionaré también a María Teresa Puga, que, una vez aprobada su tesina, había comenzado a documentarse en el reinado de Isabel II para su tesis.

Como en este segundo curso se habían matriculado quince alumnos más, ya no fue posible seguir en «familia» alrededor de la mesa, de modo que nos trasladamos al otro lado del pasillo donde el aula era más grande. No sé como nos las arreglábamos con cinco cursos de Derecho y dos de Filosofía y Letras, con sólo la Cámara de Comptos y el piso del Museo.

De los cursos comunes a la especialización en Historia

El siguiente curso 1957-1958 lo inauguró Antonio Fontán con su discurso *Artes ad humanitatem*, que hizo el número trece de las publicaciones del Estudio General. Como terminados los dos cursos comunes comenzaba el primero de especialización en Historia y había nuevas asignaturas, hubo que buscar nuevos profesores. Se incorporaron ya en octubre Vicente Cacho, que sustituyó a Angel García Dorronsoro en Historia del Arte; Santos García Larragueta, antiguo becario del Instituto Jerónimo Zurita, del CSIC, catedrático de la Escuela de Comercio de Pamplona y que había ya publicado el *Catálogo de pergaminos de la Catedral de Oviedo*, se encargó de la Paleografía y de la Historia de la Edad Media; Alejandro Marcos Pous, que había pasado algunos años en Roma estudiando el arte paleocristiano, explicó Arqueología e Historia Antigua. Como profesores extraordinarios siguieron el ya antes citado José Esteban Uranga y María Angeles Mezquiriz, directora del Museo de Navarra⁷.

Este curso, por lo que respecta al Seminario de Historia, trajo dos novedades. La primera puede parecer pequeña, pero supuso una gran ayuda: la adquisición en San Sebastián en el verano de 1957 de un proyector, con el que pudimos leer los microfilmes, no sobre una pantalla (que no teníamos), sino sobre la pared. La otra

5. José Luis COMELLAS, *Los primeros pronunciamientos en España 1814-1820*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1958.

6. María del Carmen PINTOS, *La política de Fernando VII entre 1814 y 1820*, Studium Generale, Pamplona [Gómez] 1958.

7. Estudio General de Navarra, Memoria del Curso 1957-1958, Pamplona, septiembre, 1958.

novedad vino de un modo inesperado y como llovida del cielo. Para describirla hay que remontarse en el tiempo.

Cuando, a mediados del XIX, se creó el Banco de España, su primer Gobernador fue Ramón Santillán, que antes había trabajado a las órdenes de José Pinilla en el Ministerio de Hacienda durante la última década del reinado de Fernando VII, y, aún antes, fue capitán de caballería y testigo de la sublevación de Riego y del ejército de Ultramar en 1820. Un tataranieto, José Ramón Santillán, joven oficial de artillería, conservaba las *Memorias* de su antepasado y le habló de ellas al general Jorge Vigón, también artillero, que, siendo Gobernador Militar en El Ferrol había dedicado una Tercera —la prestigiosa tercera página de ABC— a un libro mío, *Los Sucesos de La Granja*, editado por el CSIC en 1953⁸. Vigón me escribió y, como resultado final de esas gestiones, Santillán nos envió las memorias a Pamplona y comenzamos a trabajarlas para su publicación. Pronto nos hicimos cargo de la entidad del trabajo. Ana María Berazaluze se encargó de transcribir y corregir el texto, la puntuación y la ortografía, de las notas, de la distribución del texto en capítulos y epígrafes, tarea que le llevó varios años, hasta llegar a la publicación de la que luego hablaré. Además del valor en sí, estas *Memorias*, y la tarea que trajeron consigo, fueron determinantes de la orientación que adoptó la investigación en equipo: comenzaron a publicarse fuentes, que figuraban siempre poniendo como autor «Seminario de Historia Moderna».

El curso de 1957 y 1958 la Escuela de Historia adquirió volumen. La Memoria de este curso —elaborada en septiembre de 1958— era más amplia, y con tres cursos por lo que nos permitimos el lujo de incluir, anticipándonos a lo que acabaría siendo, un epígrafe de «Autoridades académicas», en la que yo aparecía como Decano (de puertas adentro; de puertas afuera mi título era el de Director de la Escuela de Historia) y Antonio Fontán como Vicedecano; Fernando González Ollé era el Secretario, y Salvador Mensua, el Vicesecretario⁹.

También las actividades adquirieron mayor volumen. Los profesores extraordinarios dieron, en marzo y mayo, cursos monográficos. En marzo, José Esteban Uranga sobre el románico y el gótico en Navarra, y en mayo, María Angeles Mezquiriz sobre cerámica romana. El Seminario de Historia comenzó a transcribir documentos microfilmados del reinado de Fernando VII. Fue el comienzo de lo que iba a constituir el grueso de las publicaciones de Historia: la colección de fuentes de la época que abarcaba el fin del Antiguo Régimen en España.

Desde Santiago se incorporó al Seminario María Teresa Puga para proseguir la elaboración de su tesis sobre *El matrimonio de Isabel II*, que, después de termi-

8. Federico SUÁREZ, *Los sucesos de la Granja*, CSIC, Escuela de Historia Moderna, Sección de Santiago, Madrid 1953.

9. Estudio General de Navarra, Memoria del Curso 1957-1958, Pamplona, septiembre, 1958.



nada, fue leída en la Universidad de Zaragoza y se publicó en la Colección Histórica¹⁰. Durante este curso Fernando González Ollé terminó su estudio sobre las peculiaridades fonéticas del Valle de Mena, que publicó, creo, la Real Academia Española; Salvador Mensua presentó una comunicación al III Congreso de Estudios Pirenaicos sobre *La evolución morfológica del Valle de Zidacos*, y asistió además a una reunión de profesores de Geografía celebrada en Burdeos. La Biblioteca se enriqueció con más de 500 volúmenes procedentes de donativos, que sumados a los que ya teníamos alcanzaron los 830.

Por mi parte, además de la Historia Universal de primero, de la que me ocupé hasta que, llegado el 5º curso, comencé con la Historia Contemporánea, expliqué Religión en la Escuela de Historia y en la de Medicina; en ésta, en un aula bastante desangelada que estaba en un pabellón que había sido depósito de cadáveres y que la Diputación había cedido. Me ocupé también de corregir y ampliar el libro *La crisis política del Antiguo Régimen en España*, que había publicado la editorial Rialp, que dirigía Florentino Pérez Embid, en una colección coordinada por Rafael Calvo Serer llamada Biblioteca del Pensamiento Actual¹¹.

Con el crecimiento de alumnos y Escuelas en el Estudio General, con la terminación de la carrera de la primera promoción de Derecho, con la incorporación de profesores (algunos de gran prestigio, como Eduardo Ortiz de Landázuri, hasta entonces en la Universidad de Granada) y el comienzo de la Colección Histórica, el porvenir de la Universidad, y por tanto, de la Escuela de Historia se nos presentaba prometedor. Todos trabajábamos con el convencimiento de que el proyecto se había convertido en realidad. Pero lo que más contribuía a que las cosas fueran bien era la naturalidad con que los profesores que se iban incorporando admitían como algo evidente que aquello no era una Academia para preparar alumnos con vistas a los exámenes en Zaragoza, sino que verdaderamente estaban participando en el nacimiento de una nueva Universidad. Si a esto sumamos un ambiente sin tensiones y sin roces, sino con un calor humano que era resultado de la amistad personal de cuantos trabajábamos en la misma empresa intelectual y del espíritu que nos transmitía el fundador de la Universidad, no puede extrañar que de aquella pequeña semilla que se plantó en el curso 1955-1956 con varios alumnos y cinco o seis profesores fuera dando vida a lo que hoy, cincuenta años después, es una Facultad con divisiones de Historia, Geografía, Filosofía, Filología, Pedagogía, Arte y Humanidades y con una larga lista de publicaciones.

10. María Teresa PUGA, *El matrimonio de Isabel II*, Universidad de Navarra, Pamplona [Gómez] 1964, Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra Colección Histórica; 9.

11. Federico SUÁREZ, *La crisis política del antiguo régimen en España*, Rialp, Madrid 1950, Biblioteca del Pensamiento Actual; 5.

Hacia la erección de la Universidad

Sin adelantar acontecimientos, digamos que, a mediados de 1958, se veía venir el hecho, que si bien no afectaba directamente a la Escuela de Historia, sí lo hacía, y muy a fondo, porque afectaba al Estudio General en su conjunto, es decir, la erección del Estudio General de Navarra como Universidad. El curso 1958-1959 supuso un paso más en el proceso de madurez científica que hacía posible esa meta.

Nuevas asignaturas y nuevos profesores. Se incorporó Angel Martín Duque, archivero entonces de la Delegación de Hacienda de Pamplona, medievalista, formado en Zaragoza por José María Lacarra. También Rogelio Buendía, que se hizo cargo de la Historia del Arte¹². Antonio Fontán tuvo que multiplicarse aquel curso porque, además de sus clases, tuvo que ocuparse de la dirección de la revista «Nuestro Tiempo» (que él inició) y de poner en marcha el Instituto de Periodismo, que empezaba al comenzar el curso, en octubre.

El trabajo de los profesores en materia de investigación era cada vez más floreciente. Alejandro Marcos Pous, que había publicado algunos artículos sobre el arte paleocristiano en revistas italianas y alemanas, asistió en Viena al VII Congreso Internacional de Estudios sobre la Alta Edad Media, en el que presentó una ponencia sobre *La iglesia visigoda de San Pedro de Mérida*. Un entonces joven y prometedor investigador, Vicente Cacho, trabajaba en su obra *La Institución Libre de Enseñanza*, que fue su tesis doctoral¹³.

Ya funcionaba, de forma cada vez más organizada y con reuniones periódicas, la Junta de Gobierno del Estudio General, formada por el Rector, Vicerrector, Decanos, directores de los Institutos, Secretario (con voz, pero sin voto), Administrador, Jefe de Publicaciones y Extensión cultural, y una representación de los estudiantes. También lo hacía la Junta de la Escuela. Se habían multiplicado los seminarios; de Filosofía (con especial atención a las cuestiones de Metafísica y Cosmología), de Lenguas Clásicas (comentario filológico, histórico e institucional de textos griegos y latinos, particularmente históricos y poéticos), de Filología española (trabajos prácticos como complemento de las clases de Literatura), de Historia del Arte (medieval y moderno, con material fotográfico y diapositivas en color), de Etnología y Prehistoria, de Historia Antigua y Arqueología Clásica (especialmente problemas del Pentateuco), de Historia Medieval, así como el Laboratorio de Geografía.

En el Seminario de Historia Moderna y Contemporánea, Ana María Berazaluze terminó y dejó a punto durante ese cursos las *Memorias* de Ramón Santillán.

12. Estudio General de Navarra, Memoria del Curso 1958-1959, Pamplona, septiembre, 1959.

13. Vicente CACHO VIU, *La Institución Libre de Enseñanza*, Prólogo de Florentino Pérez Embid, Rialp, Madrid 1962, Colección Rialp de Cuestiones Fundamentales; 7.



Yo terminé, a mediados del año académico, el estudio preliminar. De ese modo las *Memorias* quedaron listas para la publicación, apareciendo en 1960, creo recordar que con una subvención del Banco de España¹⁴. Entonces comenzó Ana María a trabajar en los *Diarios* de José Arias Teijero, una tarea lenta y pesada donde las haya, y que sólo la paciencia, la constancia y el bien hacer de Ana María fue capaz de llevar a término. Cuando escribió los *Diarios* (1828 a 1831), Arias Teijero era un voluntario realista; luego fue ministro con don Carlos durante la primera guerra carlista, exiliado posteriormente en Francia y entomólogo miembro de varias sociedades científicas, entre ellas *La Société Entomologique de France*. Los *Diarios* procedían del Museo de Pontevedra, a cuyo director, Filgueira Valverde, traté con bastante continuidad durante mi estancia en Santiago. Nos facilitó el texto de los *Diarios* en microfilm; Ana María tardó años en desentrañar aquel galimatías; letra menuda y a veces ininteligible (o casi); multitud de abreviaturas, que hubo de resolver; cientos de personajes, la mayor parte de ellos designados por apodo, por una simple letra o abreviados (basta hojear el índice de nombres, incluidos algunos geográficos y de materias, en las páginas 201 a 288, a dos columnas, de la edición final, para calibrar el esfuerzo requerido). La introducción (la época, el autor, el contenido) es un verdadero modelo de estudio bien hecho. En mi opinión, de todos los volúmenes de fuentes que publicó la Colección Histórica, los tres de los *Diarios* son sin duda los mejores y los más trabajados, y su introducción muy difícil de superar¹⁵.

Para completar mis recuerdos de este curso debo mencionar la presencia de Dámaso Alonso en Pamplona (no recuerdo con exactitud la fecha) con el fin de pronunciar una conferencia en el Estudio General, no sé si como parte de uno de los ciclos que se solían organizar todos los años, o como una disertación aislada. Estas conferencias tenían por objeto ampliar el horizonte cultural de los alumnos de las distintas Escuelas, pero al mismo tiempo para que el Estudio General fuera siendo conocido cada vez por más catedráticos. A Dámaso Alonso (que tenía algunos prejuicios respecto al Estudio General, lo mismo que algún que otro catedrático) le invitó Fernando González Ollé, que había sido alumno suyo en la Universidad de Madrid. Yo me alegré especialmente porque también fui alumno suyo en la Universidad de Valencia, donde explicó Lengua y Literatura cuando ganó la cátedra, en 1934. Su estancia en Pamplona fue agradabilísima.

Con el curso 1959-1960 el nombre de Estudio General de Navarra estaba a punto de dar por cumplida su función, ya que la conversión en Universidad de Na-

14. Ramón DE SANTILLÁN, *Memoria (1815-1856)*, edición y notas, Ana María Berazaluze, introducción, Federico Suárez, Pamplona [Edit. Gómez] 1960, Colección: Publicaciones del Estudio General de Navarra; v. XXV Colección Histórica del Estudio General de Navarra. Serie Siglo XIX; v. 3.

15. Los *Diarios* se publicaron en la serie *Documentos del reinado de Fernando VII*, Universidad de Navarra, Pamplona 1965 y siguientes, de la que constituyen el tomo III en 3 volúmenes.

varra estaba a las puertas. El inicio del Instituto de Derecho Canónico y la apertura del año escolar, que tuvo lugar el 7 de octubre de 1959, revistieron particular solemnidad, con asistencia del Nuncio Mons. Antoniutti, de los Subsecretarios de Educación y de Justicia, del Rector de la Universidad de Zaragoza y del Secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas¹⁶.

Entre las nuevas incorporaciones al Claustro que tuvieron lugar a lo largo de ese curso se contaron, por lo que a la Escuela de Historia se refiere, Francisco Santmartí Boncomte, procedente de Barcelona, que se encargó de explicar Historia Antigua; Luis Miguel Enciso, que se había formado en la Universidad de Valladolid en Historia Moderna; Agustín López Kindler (Filología Clásica) y el subdirector del Museo de Navarra, Jorge Navascués, que dio un curso sobre Epigrafía y Numismática. La Escuela de Historia reunía todos los requisitos para convertirse en Facultad: un elenco de docentes de calidad y con prestigio, varios núcleos de investigación y una dedicación que presagiaba el volumen que adquiriría la Colección Histórica. Fernando González Ollé obtuvo el premio Menéndez Pelayo del CSIC y el Rivadeneira de la Real Academia Española; Rogelio Buendía fue pensionado a Italia; Alejandro Marcos fue nombrado miembro correspondiente de la *Deutsches Archeologisches Institut* de Berlín. Y yo comencé a explicar Historia Contemporánea de España con un aula casi repleta, porque asistían los alumnos de Periodismo.

Se había planteado uno o dos años antes en la Junta de Gobierno del Estudio General si era oportuno a animar a los docentes a hacer oposiciones a cátedra de Universidad, o resultaba preferible formar y conservar grupos propios de profesores. Se optó por lo primero. De los profesores que durante los primeros cinco cursos se incorporaron al sector de humanidades, obtuvieron cátedra Leonardo Polo, González Ollé, García Larragueta, Martín Duque, Rogelio Buendía, José Luis Comellas, Luis Miguel Enciso y Vicente Cacho, que yo recuerde. De la vitalidad del Estudio General y del prestigio que había comenzado a extenderse da también idea este otro hecho: hacia finales del verano de 1959 se constituyó la Asociación de Amigos del Estudio General de Navarra, cuyo primer presidente fue el Dr. Jiménez Díaz, y entre otros vocales integraron la Junta directiva López Ibor, Castán, Eduardo Torroja, Ortiz de Landáuzuri, Castroviejo...

Más novedades en este curso: en febrero de 1960 tomó posesión el nuevo Rector, José María Albareda, sustituyendo a Ismael Sánchez Bella, que pasó a ser Vicerrector; el Ayuntamiento acordó ceder terrenos en el valle del Sadar para la construcción de edificios destinados a albergar las Facultades y los Colegios Mayores; y se logró —por fin— la adscripción de la Escuela de Historia a la Universidad de Zaragoza, aunque pronto iba a dejar de ser necesaria.

16. Cfr. Estudio General de Navarra, Memoria del Curso 1959-1960, Pamplona, octubre, 1960.



Coincidiendo con el mencionado cambio de Rector se potenciaron las gestiones para la erección por la Santa Sede del Estudio General como Universidad. Funcionaban en aquel momento las Facultades (pues lo eran, aunque seguían siendo designadas como *Escuelas* a la espera de poder utilizar el título de Facultad) de Derecho, Medicina, Filosofía y Letras (Historia) y Ciencias; la Escuela de Enfermeras; el Instituto de Periodismo y el de Derecho Canónico; el Instituto de Estudios Superiores de Empresa (IESE) con sede en Barcelona, y se comenzaban los trabajos para la Escuela de Ingenieros Industriales en San Sebastián. El decreto de la Santa Sede por el que se erigía la Universidad llevaba fecha de 6 de agosto de 1960. El 25 de octubre, al comenzar el nuevo curso, tuvo lugar el acto de erección de la Universidad, con la intervención de Mons. Antoniutti, Nuncio en España, de Miguel Gortari, Vicepresidente de la Diputación Foral de Navarra, de Antonio Iturmendi, Ministro de Justicia, que llevaba la representación del Jefe del Estado español, y de don Enrique Delgado, Arzobispo de Pamplona.

Asistí a este solemnísimos acto, pero había dejado ya de pertenecer al Claustro de la nueva Universidad, pues había pasado a ocuparme de otras tareas. Me sucedió Antonio Fontán, que fue en sentido propio el primer Decano de la Facultad. Al reincorporarme de nuevo a la Universidad de Navarra en 1963, ya di las clases en la parte que estaba terminada del Edificio Central, en el espacio que hoy es el Aula Magna. Y ese dato da idea del desarrollo alcanzado desde los años cincuenta, y del que ha continuado teniendo lugar hasta nuestros días.